

ASÍ EN LOS CIELOS...



- ¡Ave María Purísima!
- Sin pecado concebida... Padre, confieso que he pecado... He sisado de las cuentas del señor conde: tenía que reparar la techumbre de uno de sus corrales y le cobré 100 reales por un trabajo que cuesta 50.
- Bueno hijo, sabes que eso está mal y no se debe hacer. Dos padrenuestros, tres avemarías de penitencia... y a ver si me miras la gotera que tengo en la sacristía. Ale, ve con Dios. El siguiente.

Así empezaba el día para el párroco de Huerta de Campo Rico, al igual que todos los días de los últimos veintiocho años que llevaba en esa feligresía. 'Es lo que tiene ser tercerón' se decía intentando autoconsolarse. Pero lo cierto es que no le iban mal las cosas por hacerse cargo de las almas de una hacienda de treinta vecinos, administrador y visita anual del conde. Tenía casa con ama de llaves, comía y cenaba caliente a diario y le visitaba asiduamente una sobrina que le limpiaba de telarañas techos y colchón.

- ¡Ave María Purísima!
- Sin pecado concebida... Padre, confieso que he pecado... He sisado de las cuentas del señor conde: me pidió Jacinto, su administrador, cinco docenas de huevos y se los vendí a 30 reales, cuando en verdad cuestan 15.
- Bueno hijo, sabes que eso está mal y no se debe hacer. Dos padrenuestros, tres avemarías de penitencia... y una docena de huevos para la Candelaria. Ale, ve con Dios. El siguiente.

Esperaba con ansias no disimuladas la llegada de la tarde: el mismísimo señor conde se pasaría por su casa a merendar, dando por finalizada su visita anual (ésta que hacía cada cinco años)... hasta lo dijo en el sermón de misa de doce del domingo. La visita del conde suponía la forma más rápida y segura de ascender en el escalafón social y de influencias de su entorno y la plataforma por la que conseguir feligresías mayores y más importantes. Y que acabara la visita en su casa no era por azar: "los nobles no se mueven nunca por casualidades, sino por intereses" se había hartado de escuchar a su padre, segunda generación de las tres que hacían falta para dejar de ser hidalgo de privilegio y reconocérsele la ansiada hidalguía de sangre.

- ¡Ave María Purísima!
- Sin pecado concebida... Padre, confieso que he pecado... He sisado de las cuentas del señor conde: me pidió Jacinto, su administrador, diez kilos de patatas y se los vendí a 50 reales, cuando en verdad cuestan 25.



- *Bueno hijo, sabes que eso está mal y no se debe hacer. Dos padrenuestros, tres avemarías de penitencia... y un par de kilos de patatas para el Jesús del Gran Poder. Ale, ve con Dios. El siguiente.*

Había esperado ese momento durante los últimos veintiocho años... veintiocho años en los que había ensayado, hasta interiorizarlo en lo más profundo de su materia gris, lo que le diría al conde cuando le ofreciera ese ansiado ascenso, la reverencia ni relamida ni orgullosa que le haría en señal de gratitud, y el discurso ostentoso y panegírico, memorizado como la letanía del rosario, para convertirse en espontáneo.

- *¡Ave María Purísima!*
- *Sin pecado concebida... Padre, confieso que he pecado... He sisado de las cuentas del señor conde: obligo al alarife a extenderme un recibí de 125 reales cuando en verdad recibe 100, al estanciero uno de 40 cuando recibe 30, y al hortelano uno de 70 cuando en realidad recibe 50.*
- *Bueno hijo, sabes que eso está mal y no se debe hacer. Un avemaría de penitencia... y a ver si te pasas por casa para cuadrarme las cuentas, que ya sabes que yo con los números no me aclaro, Jacinto. Ale, ve con Dios.*

Para cuando llegó la hora se vio demasiado viejo y cansado para una ciudad demasiado grande en ruido y en intereses, y se dio cuenta que estaba a gusto dominando su pequeño territorio de almas y que ya no se sentía con fuerzas para bregar en plazas mayores.

'En el país de los ciegos...' se autoconsoló en la añoranza de su reino y convenciéndose de que la llamada del conde había llegado con veintiocho años de retraso.

- *¡Caramba, señor cura! ¡Buena la tortilla! Se nota que está hecha con los mejores ingredientes...*
- *Cierto, señor conde, cierto. Bien cara que me ha salido*



Jesús Espliego López
Administrador del AHNOB

Una Historia Imaginada en el Archivo Histórico de la Nobleza